

Peter Guardino, *La marcha fúnebre. Una historia de la guerra entre México y Estados Unidos*, traducción de Mauricio Zamudio Vega. México: Instituto de Investigaciones Históricas-Universidad Nacional Autónoma de México/Grano de Sal, 2018, 536 p.

Del libro de Peter Guardino, me parece que uno de sus claros aciertos es haber puesto énfasis en la muerte y destrucción asociadas con toda guerra, y claramente presentes en la de 1846 a 1848 con Estados Unidos. Hace falta sentir la guerra. También tiene mucha razón en contrastar el olvido estadounidense de la guerra, con la indignación al respecto en México, extrañamente acoplada con una automática autocondena a la generación de aquella época por haber perdido la confrontación bélica. Analizar la guerra a través de la nueva historia militar le ha permitido al autor poner en primera fila tanto a soldados como a civiles y la conformación de la guerra misma por las sociedades que la libraron. Al proceder de ese modo, Guardino ha revalorado sistemáticamente a la sociedad

mexicana de la época, a la vez que ha enfatizado las muchas deficiencias de la sociedad estadounidense. Así, al comparar los dos países, ha contemplado una “conciencia nacional” similar en cada caso: parcial, algo utilitaria, en estado embrión. En cambio, la diferencia realmente monumental que halla entre los dos países estriba en la economía y, por ende, la hacienda pública y el gasto en la modernización militar.

En cuanto a las particularidades de la sociedad estadounidense, el autor nos recuerda que estaba en la época jacksoniana (1828-1854). Antiguamente, la historiografía estadounidense aureolaba aquella época como la del “common man”. Fue concebida como la época en que masas de personas de origen pobre y nivel educativo formal bajo accedieron a la propiedad, el voto y la influencia política. Pero esta obra recoge los frutos historiográficos de las últimas décadas y enfatiza otro aspecto de esa gran mudanza en la vida del país vecino. Fue un largo momento de agresividad cultural angloprotestante asociada con un Partido Demócrata que

fomentaba el modelo de una república agraria de relativa igualdad ciudadana, pero entre personas de origen europeo y preferentemente protestante. Es decir, la reivindicación del hombre popular tenía un fuerte y agresivo elemento de nativismo, a veces llamado “anglosajonismo”.¹ Como ha señalado algún autor crítico, incluso ser blanco y de origen europeo no era garantía segura, a menos que se fuera WASP (blanco, anglosajón y protestante).²

Otro argumento central de esta obra es que ni en Estados Unidos ni en México la conscripción de soldados estuvo ligada a una supuesta conciencia nacional, aquel ideal de una milicia o ejército de ciudadanos. Al contrario, el reclutamiento era habitualmente entre la “escoria” de la sociedad, es decir, los



1 Reginald Horsman, *La raza y el destino manifiesto: orígenes del anglosajonismo racial norteamericano* (México: Fondo de Cultura Económica, 1985).

2 Noel Ignatiev, *How the Irish Became White* (Londres/ Nueva York: Routledge, 1995).

hombres más inútiles o incluso dañinos de la población, como lo alude el título del primer capítulo. En Estados Unidos, mucho del reclutamiento fue “voluntario”, porque los reclutas carecían de dinero, trabajo y esperanzas, y era esperado que entraran libremente al ejército para solventar su situación. En ninguno de los dos casos fueron ejércitos realmente ciudadanos, sino de individuos obligados por la necesidad o la fuerza, y su lealtad al servicio estuvo construida por camaradería, pago y una disciplina frecuentemente brutal. Así, en palabras del autor: “los ejércitos mismos no eran realmente ejércitos nacionales” (p. 88). O sea, lo que habitualmente consideramos la gran confrontación nacional, ¡careció de actores enteramente nacionales en sus conformaciones militares!

Hay otros temas fascinantes en este libro. Nótese la comparación cuidadosa entre un James K. Polk intrigante y el muy vituperado Antonio López de Santa Anna, a quien el autor ve como un eficaz organizador militar. Curiosamente, Polk es un expresidente casi enteramente olvidado en Estados Unidos, pese a la reivindicación de algunos historiadores, mientras Santa Anna, por bien o por mal, es omnipresente en los

recuerdos históricos mexicanos.³ Otro tema más es el papel complejo del federalismo mexicano: ¿fue movilizador de la resistencia y la organización bélica de los mexicanos o su desarticulador? Guardino sugiere que eran ambas cosas simultáneamente.

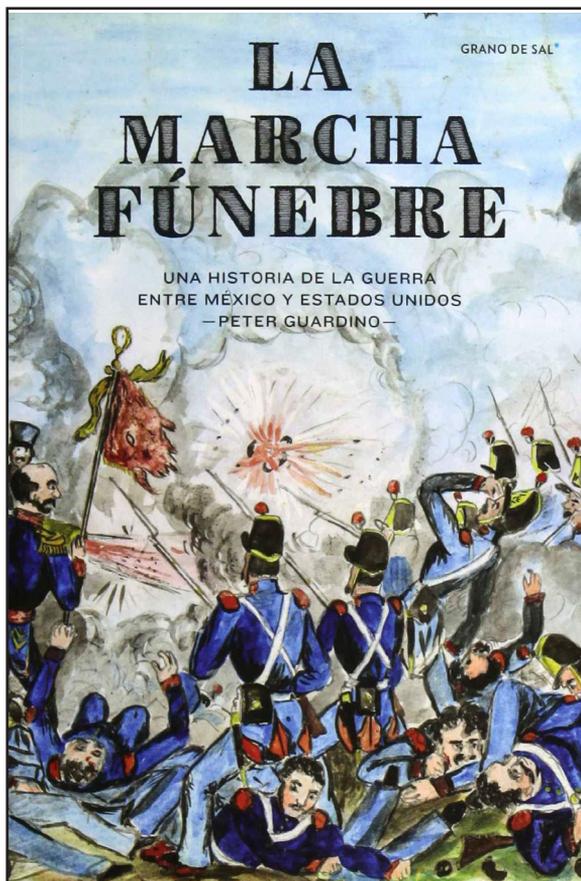
Al rebasar el esfuerzo bélico de Estados Unidos la capacidad de su ejército regular, Guardino resalta que Polk lo complementó con unidades voluntarias, éstas sí de soldados-ciudadanos. Aquí indudablemente viene una de las grandes vueltas de tuerca en la obra. Los integrantes de las unidades voluntarias fueron pilares de sus comunidades locales, imbuidos de la furia patriótica promovida desde la prensa y el gobierno federal. Solían ser miembros de familias granjeras propietarias, comúnmente alfabetos, enraizados localmente y organizados de acuerdo con su origen provincial. Eran los botones de muestra de la grandeza de



3 Walter R. Borneman, *Polk. The Man who transformed the Presidency and America* (Nueva York: Random House, 2009); Robert W. Merry, *A Country of Vast Designs: James K. Polk, the Mexican War, and the Conquest of the American Continent* (Nueva York: Simon & Schuster, 2009).

la república democrática estadounidense. Compartían, asimismo, los prejuicios de la cultura jacksoniana: eran protestantes vociferantes, igualitarios, alzados y prestos a actos de violencia. Elegían a sus oficiales, los desafiaban a menudo y eran desafectos a la disciplina militar. Bebían en exceso y sin temor de ser castigados, ya que rechazaban la severa disciplina del ejército regular por denigrante, abandonándose con frecuencia a actos de bravata y provocación. En México, desplegaban su desdén hacia el catolicismo y una población indígena y mestiza que no respondía a su modelo de sociedad óptima. Eran capaces de crueldades singulares y crímenes que aterrorizaban a la población civil.

Destruyeron propiedades públicas y privadas, tomaron lo que querían sin paga y bajo fuerza, y saquearon iglesias que asociaban con un culto católico que tachaban de decadente. Solidarios entre sí, estos soldados voluntarios no aceptaban testificar en contra de sus camaradas delincuentes, quienes



muchas veces habían sido sus vecinos en sus lugares de procedencia. Los voluntarios propiciaron la “racialización” de la guerra al llevar con ellos el racismo jacksoniano creciente con grupos considerados “otros”: negros, indios, católicos y mexicanos, por ejemplo. Caracterizaban a los mexicanos como

flojos, deshonestos, cobardes, sucios, fanáticos y, en general, inferiores a ellos como hombres. Estacionados por prolongados tiempos antes de entrar en batalla, parecería que la irascibilidad, la alta tasa de mortandad por enfermedad, los hábitos de bebida y el juego enaltecieron sus espíritus y prepararon la erupción de sus peores instintos.

Después de establecer cierto equilibrio al problematizar la naturaleza del ejército y la sociedad de Estados Unidos, y revalorizar a los mexicanos en su respuesta a la invasión, Guardino gira hacia el lado débil de la organización bélica mexicana. Desde luego, el ejército estaba mal armado, insuficientemente preparado y con carencias notables en cuanto a uniformes, calzado y comida. Era tan propenso o más que el estadounidense a la desertión, como práctica tolerada de la época. Al tratar la integración de la Guardia Nacional mexicana a partir de mediados de 1846, el autor señala por contraste que sus características y afiliaciones ideológicas conllevaban una severa politización.

Con la Guardia, México pretendió disponer de soldados ciudadanos voluntarios, pero las primeras unidades reflejaron un federalismo igualitario popular. Rápidamente fueron formadas otras, organizadas para refrenar un rampante y peligroso jacobinismo,

temido por grupos moderados y conservadores. Esto influyó en la famosa rebelión de los Polkos en marzo de 1847 y afectó asimismo la movilización de estas tropas para oponerse a la invasión estadounidense por Veracruz. Una vez más, el autor nos está señalando cómo la conformación social influye directamente en aspectos medulares de la confrontación bélica.

Guardino destaca también los serios problemas políticos en Estados Unidos relativos a la conducción de la guerra, debido a la división interna entre los partidos. La oposición estadounidense a la guerra crecía con argumentos apoyados en la ética, conveniencia política y costos del conflicto.

Finalmente, ¿qué resultados positivos a corto plazo podían esperarse de la guerra?, ¿cuál era su justificante?, ¿a quién iba a beneficiar? En este contexto, la invasión estadounidense por Veracruz conllevó problemas importantes de reclutamiento de tropas, obligando a crear mayores incentivos económicos al disminuirse el entusiasmo por la guerra y los reclutamientos voluntarios. Así, hubo mayor gasto y crecientes problemas organizativos. Guardino concluye, ante tales problemas, que “tanto para mexicanos como norteamericanos, el patriotismo tenía sus límites” (p. 247). Por ello, el entusiasmo bélico en Estados

Unidos flaqueaba. Pero detalla paralelamente la movilización discursiva mexicana para galvanizar a la población y lograr su apoyo a la defensa nacional, argumentando que la retórica defensiva aterrizó las abstracciones patrióticas con referentes poderosos para la cultura popular en la santidad de la religión, el honor de las mujeres, la defensa de la independencia, y la hombría.

En los tres capítulos (sexto a octavo) dedicados a la guerra en el centro del país, es notable el agotamiento de las dos partes en la confrontación bélica. Guardino enfatiza, en relación con ese mutuo desánimo, que la retórica de confrontación de naciones-estado en aquella guerra olvida o soslaya las realidades de lo relativamente reciente y endeble de la conciencia nacional en ambos países, así como las crudas alternativas encaradas por habitantes urgidos de trabajo y oportunidades. En el país ocupado por tropas extranjeras, el autor afirma:

[e]n contra de los puntos de vista de algunos historiadores, aquella población [mexicana] fue capaz de entender la guerra como un conflicto entre dos naciones. (p. 327)

No obstante, el ayuntamiento de la Ciudad de México y eventualmente

las autoridades eclesiásticas reflejaron sus prejuicios sociales y sus temores ante prometidas venganzas estadounidenses, oponiéndose a la continua disidencia popular frente a la invasión, vista en buena medida como amenaza al orden y a veces asociada con actos criminales. Aquí asoma una división político-clasista intestina que recuerda la rebelión de los Polkos anteriormente.

El autor va llevando al lector por varios caminos hacia una reflexión sobre “identidades fluidas” (p. 375). Argumenta, sin embargo, que el factor dominante en la derrota fue el hambre padecida por tropas mexicanas que carecían de las vituallas y armamento que un gobierno empobrecido era incapaz de brindarles. No era la carencia de una identidad. La derrota detonó recriminaciones mutuas entre generales y grupos mexicanos, cierto, pero insiste Guardino que fueron igualmente tupidas las desavenencias entre los oficiales del lado estadounidense triunfante. Y añade que también hubo insubordinaciones y politiquería de parte de oficiales del ejército invasor. Considera que nociones de honor masculino alimentaban las recriminaciones en ambos países y sugiere que fueron a menudo reduccionistas, si no carentes de bases.

El autor dedica importantes consideraciones a las guerrillas mexicanas, el debate respecto a prolongar la guerra o negociar un tratado, y la resolución *in situ* de la situación en California y Nuevo México. Pero quisiera resaltar en particular la temática del último capítulo, que es de desazones, desengaños o decepciones sufridos por todos/todas los participantes en la guerra. El autor, así, termina arrojándonos lejos de visiones binarias de la guerra. Procura que el lector rompa o descarte interpretaciones sencillas de la época y vea dos países en formación, con divisiones internas, y tremendas contradicciones. No se le escapa que, poco después, Estados Unidos iría a una devastadora guerra civil, en parte para determinar el uso de las tierras conquistadas, y México iría a las guerras de La Reforma, la Intervención francesa y el Segundo Imperio para decidir el carácter liberal o conservador de la nación política.

Hay una serie de cuestionamientos que hallé en otro libro dedicado a la historia de las naciones y que me parecen pertinentes en relación con la obra de Peter Guardino. ¿Es posible concebir a las naciones como totalidades coherentes y sin diferenciaciones internas? ¿O es una fantasía? Si no son tan coherentes e indiferenciadas por dentro, ¿quién finalmente escribe la historia?, ¿qué promueve esa historia y a qué in-

tereses sirve?⁴ ¿Para qué y para quiénes sirve la historia de la guerra, su antes y su después? A mi juicio, el abordaje matizado de la guerra, en la perspectiva ofrecida por Guardino, nos debe llevar a contemplar cómo esa identidad fluida, que él enfatiza, cambia en la posguerra y como efecto mismo de la guerra. Ésta disminuyó el tamaño de México. Pero al aumentar el tamaño del vecino del norte, alteró profundamente las relaciones entre los dos, y reconfiguró las fuerzas políticas al interior de ambos.

¿En qué sentido cambió de manera definitiva el papel del norte de México en la historia del país, incluso redimensionando el papel de la migración interna y potenciando industrias nuevas? Para México, la premura de retener el norte creció con la guerra. En el caso de Estados Unidos, en donde los estados del sur esclavista habían sido tan fuertes, ¿en qué medida llevó directamente a la guerra civil, y por ende la reconfiguración del papel del norte y el trabajo libre en ese país? ¿Hasta dónde la creciente pujanza industrial del norte



4 Antoinette Burton, "Introduction", en *After the Imperial Turn. Thinking with and through the Nation*, edición de Antoinette Burton, (Durham/London: Duke University, 2006), 1-23, en especial 6-7.

y el simultáneo esfuerzo por poblar el “suroeste”, territorio tomado de México, cambiaron la composición demográfica estadounidense, convirtiéndola en un mosaico étnico que rebasaba el predominio anglosajón anterior? El historiador Gary Wilder, en un contexto algo distinto, ha sugerido la necesidad de desmontar la historia nacional y sus categorías habituales para desarrollar perspectivas históricas renovadas.⁵ ¿De qué modo la nación es una categoría inescapable, ineludible, en la escritura de la historia, pero a la vez una entidad en constante mutación —no sólo por eventuales modificaciones territoriales, sino también por la alteración de su composición y dinámica interna, así como por sus cambiantes nexos con el exterior—?⁶

La crítica implícita formulada por Peter Guardino es que hemos sido muy duros en pensar la historia de México al tratar la guerra, y excesivamente

propensos a resaltar la proeza y eficacia de Estados Unidos. La definición de *nación*, ha sugerido Robert Gregg, parte de “sensibilidades comparativas profundas”, que desafortunadamente tienden a “reprimir los puntos en común y las conexiones mientras celebran lo particular y lo aparentemente separado”.⁷ Guardino señala que hubo torpezas y aciertos en la conducción de la guerra por parte de ambos países. Pero las semejanzas no pararon allí. ¿Hasta qué punto la pérdida de la guerra con Estados Unidos fue la puntilla que precipitó el fin de la nación criolla, la búsqueda del mestizo y luego el indígena como referentes nacionales, y la creación de una narrativa no sólo del triunfo liberal, sino también de la continuidad de la nación mexicana desde tiempos inmemoriales hasta el presente?⁸

Y, como ya sugerimos, ¿en qué medida contribuyó a la perdurable y enorme tensión en Estados Unidos —social e



5 Gary Wilder, “Unthinking French history: Colonial studies beyond national identities”, en Burton (ed.), *After the Imperial Turn*, 125-143, especialmente 136.

6 Burton, “Introduction”, 15; Ann Curthoys, “We’ve just started making national histories, and you want us to stop already?”, en Burton (ed.), *After the Imperial Turn*, 70-89, en especial 86.



7 Robert Gregg, “Making the world safe for American history”, en Burton (ed.), *After the Imperial Turn*, 170-185, especialmente 183.

8 John Plotz, “One way traffic: George lamming and the portable empire”, en Burton (ed.), *After the Imperial Turn*, 308-323.

historiográfica— entre el nativismo anglosajón y la visión del país como multicultural y pluriétnico? Los esfuerzos narrativos que pretenden encapsular la historia toda de un país dentro de lo nacional, ¿han sido liberadores y despertado conciencias, o deformadores que apartaban a los ciudadanos del duro escrutinio de su pasado —fluido y móvil, como lo describe Guardino—?

Finalmente, tanto en México como Estados Unidos, ¿qué tanto fue la segunda mitad del siglo XIX, más que en la primera, donde quedaron fijados los rumbos duraderos de lo que entendemos como naciones en uno y otro? ¿Hasta qué punto esa forja de las naciones fue en solitario, en aislamiento, o mediante el intercambio de ideas —y forcejeos territoriales— a nivel internacional?⁹

Cuando Justo Sierra formulaba las pautas de la educación superior para la nación mexicana a principios del siglo XX, citó una publicación de Teodoro

Roosevelt, y otra de la integración de los estados germánicos en la nueva nación imperial. Eran obras dedicadas a la dura lucha por lograr proyectos, bien individuales o nacionales. También emparentó a la moderna Universidad de México con la de California, como amigas “abiertas de par en par a las corrientes nuevas”, ejemplos del nuevo saber.¹⁰ Sierra, a quien Daniel Cosío Villegas acreditaba una visión generosa e incluyente de México, tomó inspiración de las dificultades de superación personal y nacional de otros países.¹¹ La guerra de 1846-1848 fue a su vez el



10 Justo Sierra, “Inauguración de la Universidad Nacional” [22 septiembre, 1910], en *Fuentes de la cultura latinoamericana*, compilación de Leopoldo Zea (México: Fondo de Cultura Económica, 1995), 81-97, en especial 81 y 96; Theodore Roosevelt, *The Strenuous Life* (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1906 [1899]); Burt Estes Howard, *The German Empire* (Londres: MacMillan, 1913 [1906]).

11 Daniel Cosío Villegas, “La crisis de México”, *Cuadernos Americanos*, vol. xxxii (1947): 29-51. Reproducido en Stanley Ross, *¿Ha muerto la Revolución mexicana?* (México: Premia, 1981), 95-103.



9 Hsu-Ming Teo, “The romance of white nations: Imperialism, popular culture, and national histories”, en Burton (ed.), *After the Imperial Turn*, 279-292, especialmente 290; Plotz, “One way traffic”, 308-323.

doloroso fin de una época y el comienzo energizado de otra en que la nación en México, igual que en otros países, no era una simple tradición a conservar, sino una realidad en movimiento —fluida, como afirma Guardino—, con un futuro a fraguar.

BRIAN CONNAUGHTON

ORCID.ORG/0000-0002-4210-9640

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

UNIDAD IZTAPALAPA

DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA

tani01us@yahoo.com

D.R. © Brian Connaughton, Ciudad de México, julio-diciembre, 2021.